

# El espejo de Camboya

Texto: Sebastián Riomalo  
Fotografía: Marcela Riomalo

Alas afueras de Phnom Penh, la capital de Camboya, hay un árbol viejo del que cuelgan miles de manillas de colores. A su lado, un cartón con letras blancas en jemer e inglés contradice la belleza de su adornado tronco. Indica: ‘árbol de la muerte contra el que los verdugos estrellaban a los niños’. Así, sin preámbulos, ni advertencias; solo con carácter explicativo. Y es que la crueldad y podredumbre del genocidio camboyano llegó a tal punto, que estrellar cráneos de recién nacidos contra los árboles fue tan solo una de las muchas atrocidades documentadas. Las manillas, hoy día, representan un cementerio multicolor que denuncia lo sucedido en estas tierras hace tantos años, y que pretende dar fuerzas a los camboyanos para soportar la pesada carga en la que se ha convertido su pasado.

Tras décadas de una guerra intestina entre comunistas y generales de ambigua ideología, con bandos patrocinados por sendas potencias internacionales según el contexto de la Guerra Fría, el saldo de víctimas es escalofriante. Sumando las 600,000 ejecuciones extralegales, las 700,000 muertes por inanición y las otras 700,000 por causas varias como enfermedades y epidemias, se estima que dos millones de camboyanos, de una población de 7.3 millones, perdieron la vida entre 1975 y 1979. Es decir, el 30% de los habitantes de la nación; como si en Colombia, en tan solo un período presidencial, se exterminaran 13,5 millones de compatriotas.





Hoy, dos lugares convertidos en museo dan fe de la barbarie y construyen memoria histórica para las nuevas generaciones: la prisión S-21, también conocida como Tuol Sleng, y los campos de la muerte de Chuong-Ek. Ambos están localizados en la capital, a una corta distancia entre sí, y en su momento fueron epicentros de crueldad y deshumanización. El primero funcionó como el principal sitio de detención, interrogación y tortura, al que se llevaban a los enemigos de la causa comunista. El segundo fue uno de los tantos lugares escogidos por el régimen para llevar a cabo las ejecuciones sumarias de aquellos que venían de interrogación. Treinta años después, la visita a cualquiera de estos lugares es desgastante y arrebató la energía vital de cualquiera, incluso la del turista incauto que desconoce la historia.

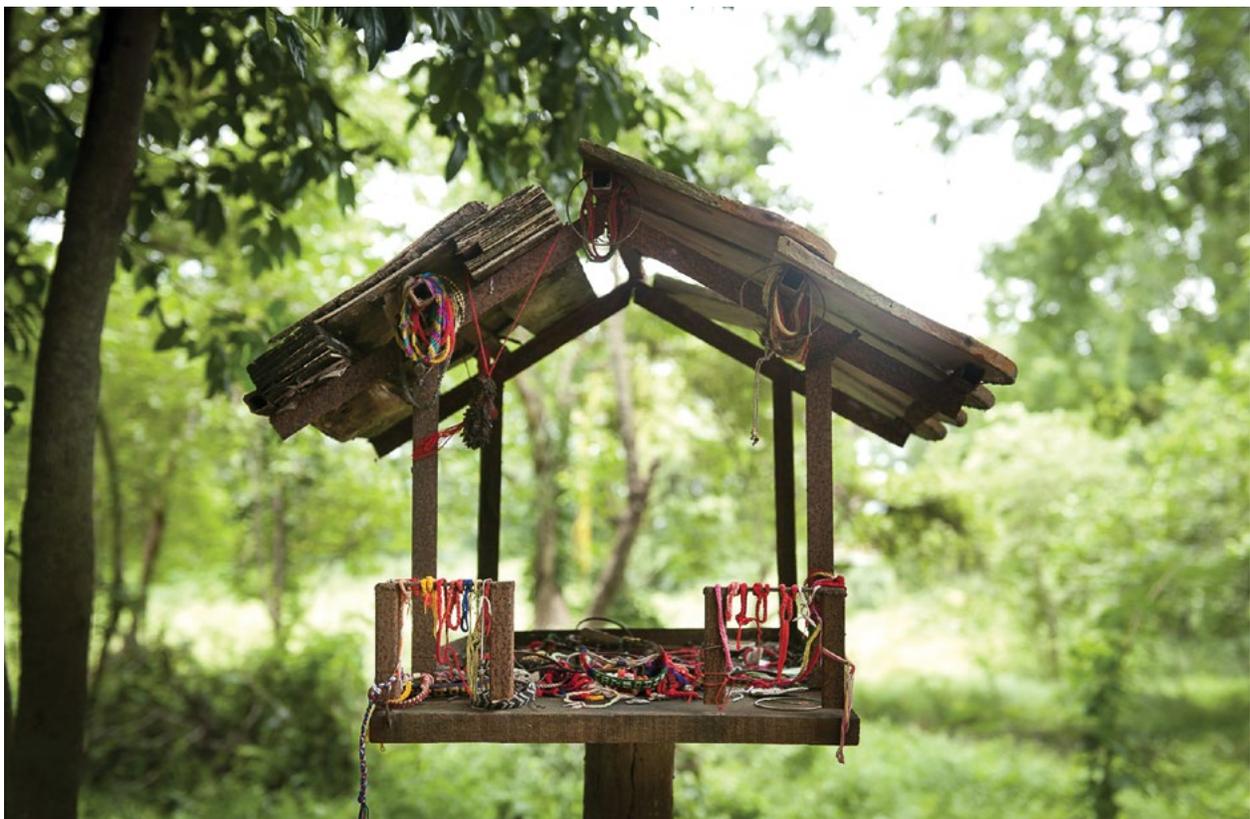


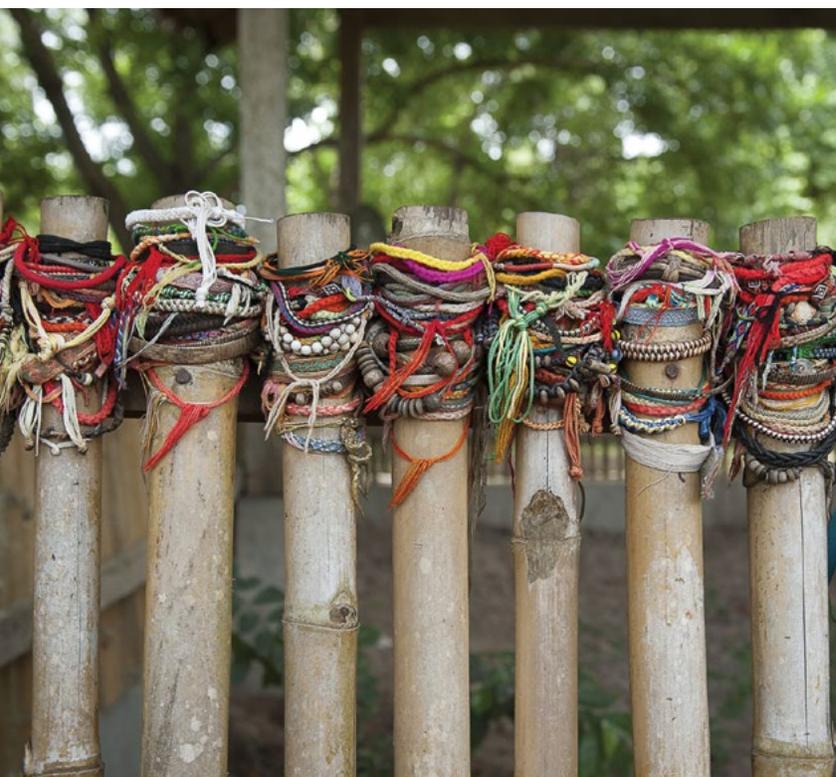
Lo primero que desconcierta en la prisión S-21 son las paredes blancas viejas que el tiempo ha desgastado. Ellas, que fueron erigidas antes del conflicto para albergar un prestigioso colegio internacional, terminaron convertidas en el escenario de torturas innumerables que llevaban a cualquier inocente a confesar crímenes inexistentes. Las manchas, las fotos de las víctimas en

blanco y negro, y las ya célebres pinturas de uno de los sobrevivientes denuncian los horrores. Prisioneros con las uñas arrancadas, mujeres violadas o con los genitales amputados, eran tan solo algunos de los métodos de los carceleros. De los 20,000 prisioneros que ingresaron a la cárcel en los 4 años de genocidio solo 7 sobrevivieron.



Cada noche, decenas de volquetas transportaban a los prisioneros de ésta y otras prisiones a los diferentes campos de la muerte. El que hoy se ha convertido en museo, Chuong-Ek, fue uno de los que más muertes presenció por su cercanía con la prisión S-21. En él, se observan parcelas de tierra acordonadas de las que surgen dientes y tiras de ropa cuando llueve, cajas repletas de huesos que han sido recolectados tras años de excavación y una estructura conmemorativa que se alza en el centro y que contiene más de 5000 cráneos de gente asesinada en el lugar. Sentado en un rincón cualquiera del verde del campo, se pueden escuchar los relatos de sobrevivientes que recrean con triste exactitud el aberrante proceso al que fueron sometidos.





Los prisioneros llegaban apretujados en los camiones y eran reseñados cuidadosamente para asegurarse que ninguno hubiera escapado. Luego, eran amarrados temporalmente a diminutas celdas de madera en total oscuridad, mientras llegaba su turno para la ejecución. En la espera, los gritos de las otras víctimas se ahogaban detrás de la música revolucionaria que sonaba de fondo a ensordecedores decibeles. Cuando llegaba la hora, se acercaba a la víctima al borde de la fosa que ya contenía innumerables cadáveres, y allí los verdugos utilizaban herramientas de arado para cometer el asesinato. Palas, picas, hoces, cualquier cosa podía ser un arma letal con tal de que fuera reutilizable; para el régimen la vida de sus compatriotas no valía ni siquiera el costo de la bala. Una vez yacía el cuerpo inerte en la pila de cadáveres, se regaban químicos inflamables sobre ellos y se les prendía fuego. Con ello se cumplía una doble función: evitar el mal olor y asegurar que no sobreviviera nadie. Una vez llena la fosa, se comenzaba el proceso en una nueva parcela.

Es imposible no estremecerse mientras se escuchan las voces desgarradoras de quienes vivieron los vejámenes. A pesar de que han pasado más de 30 años, su dolor se mantiene intacto.

Uno de ellos dice verse a sí mismo como un vaso roto que necesita desesperadamente reparación. Su vida, afirma, desde la muerte de su madre en Chuong-Ek, se ha convertido en una búsqueda incesante por encontrar los pequeños pedazos de vidrio que puedan casar con su ser fragmentado. Por eso, desde el fin del régimen comunista, él se ha dedicado a ayudar a otros a encontrar sus familiares desaparecidos para sentirse parte de la reconstrucción del país.

Inexorablemente debe uno pensar en el conflicto colombiano y en el trabajo de reparación que falta por hacer en esta parte del hemisferio. En Camboya, a pesar de que el horror cesó hace tres décadas, solo hasta finales de los 90 se comenzó a cimentar la memoria de la barbarie sucedida. Veinte años después. En Colombia, tenemos el mismo reto pero con la inmensa dificultad de que todos los días se siguen quebrando nuevos vasos y fragmentando nuevos seres. 

**¿QUÉ PODEMOS APRENDER DE LA EXPERIENCIA CAMBOYANA? UNA VERDAD SENCILLA PERO INCONTROVERTIBLE: EN EL PROCESO DE RECONSTRUCCIÓN DE NOSOTROS MISMOS, ES FUNDAMENTAL RECOGER TODOS LOS PEDAZOS DE VIDRIO QUE ENCONTREMOS SIN DESCUIDAR NINGUNO. ALGUNO DE ELLOS TENDRÁ QUE CASAR.**